



TOBY WING in Paramount Pictures

Toby Wing, gentilísima y sugestiva artista de la Paramount

# LA HISTORIA DE MARLENE DIETRICH

Caja la tarde, que era una de los comienzos de abril de 1930. Los habitantes de Nueva York y otras grandes ciudades de los Estados Unidos, terminada la faena diaria, oíábanse en la grata tranquilidad de esa hora en que la noche que comienza y el día que concluye invitan a embellecer la vida, dejando que nuestra fantasía haga con ella lo mismo que el resplandor del crepúsculo, con cuanto nos rodea: presentarnos seres y cosas suspendidos en indecisa claridad de ensueño.

Como si, antes que difundida por las ondas de la radioemisora, viniese flotaba en alas de la tarde misma, fué llegando a los oídos de miles de personas una voz de mujer. El leve acento extranjero, la propia entonación con que cantaba, contribuían a prestarle a esa voz calidad de lejanía. Hubiérase dicho que los sencillos versos de amor, que la música que no tenía en sí nada de extraordinario, cobraban en tal momento maravillosa fuerza sugestiva: era como si en ellos hallaran eco los recuerdos que a la puesta del sol parecen llamarnos desde el horizonte o llegar con la luz mercante del sol que flota en nuestras habitaciones; también expresaba la voz anhelos que no alcanzaron a concretarse, anticipaciones de felicidad que flota en la ilusión antes de pedir, tan siquiera en el deseo, su puesto en la realidad. La caricia melancólica de lo pasado, el ansia contenida de lo por venir; toda esa vaguedad poética que en la calma de la tarde presta los corazones las alas de la esperanza o del recuerdo, palpitaba fugitivamente en la canción atenuada y nueva.

De esta manera se presentó al público de los Estados Unidos, a poco de haber llegado de su patria, la joven alemana que debía pocos meses después verse aclamada por ese público, y por todos los de los demás países, como una de las actrices cuya popularidad hace época.

Marlene Dietrich, al cantar por radio en esta tarde de abril, antes que lo que decían los versos y expresaba la música, daba vado con ellos al propio sentimiento, donde iban unidos, con la nostalgia de cuanto acababa de dejar al otro lado del Océano, las esperanzas y los temores de lo que había de encontrar en tierra completamente extraña para ella.

Qué fuera esto, no tardaron mucho en irlo diciendo los públicos de Nueva York, de Chicago, de Los Angeles, de San Francisco de California, de Méjico, de Río de Janeiro, de Buenos Aires, de Santiago de Chile, de Madrid, de París, de Londres. Porque, en su interpretación de Amy Jolly, la heroína de la película «Marruecos», Marlene Dietrich se reveló, no solamente como actriz incomparable de la pantalla, sino como extraordinaria atracción de taquilla.

Si alguna duda pudo quedar con respecto a lo uno o a lo otro, no obstante lo que acerca de ambos extremos atestiguan las opiniones de los críticos más autorizados y los llenos completos de los mejores teatros, la interpretación que siguió a la que hizo, junto con Gary Cooper y Adolphe Menjou, en la ya mencionada película de la Paramount, la desvaneció por entero. «Fatalidad» convirtió el nombre de Marlene Dietrich en sinónimo de triunfo. «El expreso de Shanghai» confirmó esto y lo dejó definitivamente establecido.

Producciones subsiguientes, tales como «La Venus Rubia» y «Capricho imperial», en la cual interpretaba la Dietrich el papel de Catalina de Rusia, han servido en cada caso para demostrar que la popularidad de la actriz no solamente se sostiene, sino que crece con cada nueva presentación de la Paramount.

¿Quién es la mujer que de modo tan súbito ha conquistado la popularidad y la gloria en la pantalla?

Marlene Dietrich nació en Berlín un día 27 de diciembre. Hija de un oficial de alta graduación del ejército de la Alemania imperial y de una dama de gran refinamiento y muy apasionada por la música, la niña recibió la esmerada educación que correspondía a su clase y al ambiente de su hogar.

Antes de cumplir los doce años, hablaba el francés y el inglés con la misma soltura que el alemán. En vista de su gran afición a la música y de las felices disposiciones que mostraba para el violín, sus padres determinaron, una vez que concluyó sus estudios, dedicarla al de este instrumento.

El mismo empeño con que se consagró a ello fué, sin embargo, causa de que hubiera de suspenderlo de allí a poco, pues sufrió una lesión en la mano izquierda y los médicos le prohibieron terminantemente que practicara durante varios meses. Deseosa de hallar otro medio de expresión para su talento artístico, la joven solicitó y obtuvo el ingreso en la famosa escuela de arte dramático sostenida por Max Reinhardt, en conexión con sus teatros de Berlín y Viena.

Allí se dedicó Marlene Dietrich al estudio de la declamación y otras materias afines, lo cual hizo con el tesonero empeño que es característico de ella en todo cuanto emprende. Porque, há de notarse que esta mujer tan delicada y frágil en apariencia, posee una voluntad de hierro merced a la cual es superior al cansancio.

Su debut en las tablas fué en un teatro de Viena. Después del buen éxito logrado allí, pasó a Berlín, su ciudad natal, donde logró un completo triunfo en el primer papel de «Es Liegt In Der Luft» (A merced del Destino).

Con esto, la carrera de la actriz quedó no solamente determinada, sino dirigida a superación constante. La música, su primera vocación, a la cual le había sido preciso renunciar por entero, tornó ahora a ocupar el tiempo que le dejaba libre la preparación de sus interpretaciones dramáticas. No era éste mucho. En Berlín, lo mismo que en Viena y en otras capitales de habla alemana, se la presentó casi de continuo, y en los papeles y géneros más diversos. El drama, la comedia, el melodrama, la tragedia, víéronla demostrar en la escena la variedad de sus aptitudes de actriz. Por manera que, antes de estrenarse en el cine con dos películas que no alcanzaron mayor éxito, considerábanla ya en toda Europa como una de las primeras estrellas teatrales.

Josef von Sternberg, el director de películas que había conquistado brillante reputación con producciones como «La ley del hampa», «La última orden», «Los muelles de Nueva York», «El trueno» y varias otras de igual categoría, habiase ausentado de Hollywood por unos meses a fin de trasladarse a Berlín para dirigir la primera película parlante de Emil Jannings, con el cual había colaborado en los Estudios de la Paramount, entre otras ocasiones, cuando se filmó en Hollywood «La última orden».

Cuando von Sternberg llegó a Berlín dispuesto a encargarse, previo permiso de la Paramount, de la dirección de «El Angel Azul», en que había de trabajar Jannings como primer actor, halló que el argumento, el diálogo, tanto en alemán como en inglés, pues la Ufa quería filmar la película en ambos idiomas, los actores, en suma, todo se hallaba listo, con excepción de algo muy importante, pues faltaba encontrar la actriz para el principal papel femenino de la obra.

Las condiciones que debía reunir la que se eligiera, eran varias. En primer lugar, tendría que hablar el inglés con la misma soltura que el alemán. Luego, se necesitaba que tu tipo de belleza fuera, por decirlo así, universal; porque entraba en los planes de la compañía editora de «El angel azul» presentar esta película no solamente en los países de habla inglesa o alemana, sino en todos los demás. Por último, el papel que había de representar esa actriz, pedía de ella que fuese entendida en el canto y en la música.

Una noche, esa casualidad que en más de una ocasión aparece como aliada del Destino, llevó a von Sternberg al music-hall de Berlín en que presentaban «Zwei Kravatten» (Las dos corbatas), con Marlene Dietrich en uno de los papeles principales.

Ahora bien, cuando se trató de buscar a la actriz que se necesitaba para «El angel azul», von Sternberg había insinuado que tal vez fuera Marlene Dietrich la que convinie-

## ARGUMENTO

# «VOLGA EN LLAMAS»

Interpretado por Albert Prejean, Inkijinoff, Danielle Darrieux y R. Rouleau

La Rusia de antes de la guerra. Entre los tenientes de la nueva promoción que acaban de jurar ante el gran duque ser fieles al zar hasta la muerte, se halla el oficial Orloff. Su semblante triste contrasta con la brillantez de la ceremonia del juramento; piensa en la vida que le espera destinado a una pequeña guarnición situada a muchos kilómetros de San Petersburgo.

Un trineo avanza en medio de una

ra para el caso, pero sólo para que la contraria opinión de todos los demás le hiciese desistir de ello.

Esa noche, al verla por primera vez en las tablas, el director quedó cierto y convencido de que era Marlene Dietrich y no otra la actriz que necesitaban.

Al dar comienzo a su papel, la futura estrella de Hollywood, que se presentaba en escena como inglesa, lo hacía con estas palabras: "Three cheers for the gentleman who has won the grand prize" (Tres vivas al caballero que ha ganado el gran premio), y continuaba en seguida, como es lógico, hablando y cantando en alemán.

Al día siguiente, Marlene Dietrich llegaba a los Estudios de la Ufa, llamada por Josef von Sternberg. Media hora después cantaba en inglés para el micrófono. A los tres días, habiendo quedado plenamente demostrado por esa prueba que, como lo pensó von Sternberg desde un principio, era esa actriz la llamada a interpretar "El ángel azul", firmaba la Dietrich el contrato que le abrió el camino de Hollywood y de su presente fama.

En efecto, cuando quedó terminado "El ángel azul", Josef von Sternberg cablegrafió a Hollywood para insinuar a la Paramount la conveniencia de que contratara a la que, en su sentir, estaba destinada a ser una de las máximas actrices del cine. Los representantes de la editora norteamericana vieron "El ángel azul", vieron a la Dietrich y no se mostraron remisos en seguir el consejo.

En abril de 1930, llegaba Marlene Dietrich a los Estados Unidos. Su presentación se hizo en Nueva York, en un banquete al cual asistieron representantes de la Prensa y de varias revistas cinematográficas. Ese mismo día, en audición difundida por la Columbia Broadcasting System, interpretó la canción que fué su primer saludo al público estadounidense. Cuarenta y ocho horas después, la rubia beldad tomaba el tren que la llevó hacia Hollywood, donde daría comienzo a una de las carreras más brillantes de que hay ejemplo en la capital cinematográfica.

DAVE KEENE

tempestad de nieve. Es el del teniente Orloff, acompañado de su fiel asistente Iván. Caminan hacia una fortaleza a orillas del Volga. De pronto, a uno de los lados del camino, ven un hombre medio muerto de frío. Salvado por ellos, este hombre, llamado Silatchow, les guía a través de la tempestad y pueden refugiarse en un poblado. Silatchow jura al teniente Orloff agradecimiento eterno por haber sido recogido y salvado en su trineo.

La guarnición de la pequeña plaza fuerte a orillas del Volga, se halla en tiempos de paz. En ella se juega al billar y se debe sin grandes preocupaciones guerreras. La llegada del teniente Orloff introduce una pequeña novedad en sus costumbres. La presentación al comandante de la plaza es motivo de preocupación para todos los recién llegados y los veteranos aconsejan a Orloff que trate de agradar, sobre todo, a la mujer del comandante, que tiene fama de poseer un genio raro. En cambio, de Macha, su hija, todos hacen grandes elogios de su bondad y su gran hermosura.

Orloff va a cumplimentar al comandante y esta coyuntura hace que Macha conozca al nuevo oficial, quedando prendada de su gallardía y de su aspecto simpático. Pero Macha sufre el asedio constante del teniente Chaline, que está locamente enamorado de ella y que no ceja en su propósito, a pesar de que Macha le rechaza.

Durante un paseo en trineo, Chaline intenta abrazar a Macha, y ésta, al defenderse, cae sobre la nieve, siendo recogida por Orloff. Este incidente provoca una rivalidad entre los dos oficiales enamorados, concertándose un desafío entre ambos, que no puede efectuarse porque lo interrumpe la declaración de la guerra.

Un cosaco llamado Silatchow, evadido de Siberia, que se hace pasar por "el zar del pueblo", avanza a la cabeza de un ejército de desalmados, ganando, para su causa, los poblados cosacos y kirguises y tomando por asalto las ciudades que se le resisten.

¡El Volga en llamas!... Los guerreros de Silatchow han arrojado al río todo el petróleo de los depósitos y le han prendido fuego. La pequeña fortaleza ha capitulado después de un tenaz asedio, y los oficiales, prisioneros, son juzgados por el feroz Silatchow, que los manda ahorcar uno a uno. Al llegarle el turno al teniente Orloff, Silatchow reconoce en él al oficial que le salvó de peecer helado al borde de un camino. Cumpliendo la promesa de agradecimiento eterno que le hizo, le perdona y le nombra, además, comandante en jefe de sus soldados. Pero

Orloff no acepta y prefiere que le deje en libertad. Silatchow accede, a condición de que Orloff no vaya en busca de refuerzos para combatirlo.

Macha, la novia del teniente Orloff, se encuentra entre los prisioneros de Silatchow, aprovechando esta circunstancia el pérfido Chaline—que desde los primeros combates traicionó a sus compañeros, poniéndose a las órdenes del "falso zar"—para continuar haciéndola víctima de sus asedios amorosos.

Pero poco va a durar este estado de cosas. El teniente Orloff ha conseguido el envío de refuerzos de San Petersburgo y, poniéndose al frente de ellos, combate con éxito al cosaco Silatchow, consiguiendo derrotarle y salvar a Macha de sus garras y de las de Chaline.

El "zar del pueblo", el feroz Silatchow, es hecho prisionero y nuevamente deportado a Siberia, donde le esperan largos años de cautiverio.

Macha y el teniente Orloff unirán en un amor eterno el destino de sus vidas llenas de ilusiones juveniles.

## «SUCEDIO UNA NOCHE»

Decididamente, la productora Columbia está superándose de una forma espléndida en cada temporada. En la actual acaba de filmar la grandiosa producción titulada "Sucedio una noche" y las noticias que tenemos del departamento de distribución de aquella productora, son bien elocuentes.

Tenían contratada esta película, confiando únicamente en la valía extraordinaria de la marca que la producía, 198 cinemas por un total de 183 semanas y cuatro días. Y ahora viene la noticia extraordinaria: conforme aquellas empresas iban proyectando la película en cuestión, iban todas solicitando ampliación de contrato en cuanto a los días de proyección se refiere, resultando que cuando se finalizó de servir los 198 compromisos a que antes aludimos, en vez de haber sido proyectada durante 122 semanas y cuatro días, lo fué por 256 semanas, lo cual aduce un aumento de días de exhibición de 113 semanas y cuatro días.

El éxito, pues, había coronado en forma rotunda lo que antes solamente eran suposiciones.

Aquellos empresarios que confiaron en Columbia, vieron prácticamente confirmada la certeza de su opinión y tuvieron un pingüe negocio.

No queremos predecir, pero ante actos tan significativos, creemos un deber prevenir a las empresas de España diciendo: ¡Alerta!, ahí tienen un filón. Escriban a Cifesa, concesionaria en España de la producción Columbia, y asegúrense esos éxitos.



Ramón Novarro y Myrna Loy, principales intérpretes de «Una noche en El Cairo», nuevo film de la Metro Goldwyn Mayer que próximamente se estrenará en el Urquinaona

Marlene Dietrich, famosa estrella cinematográfica, durante el rodaje del film «Capricho Imperial», de la Paramount



Kate von Nagy, celebradísima estrella de la «Ufa»

## Cómo se constituyó la nueva editora «20TH CENTURY»

Siendo la Historia una narración de hechos pretéritos, y contando tan sólo poco más de un año la existencia de la nueva editora «20th Century Pictures (Films Siglo XX)», su historia ha de ser forzosamente breve, señalándose esta primera etapa de su vida, no obstante, por un hecho notable, la producción de «La casa de Rothschild», de George Arliss, que tanta tinta ha hecho ya verter a los periodistas cinematográficos.

La historia que vamos a referir ahora es la de la formación de esta compañía. Una historia de los que han hecho historia y han unido ahora su fuerza y prestigio en una empresa que ha despertado el interés de toda la cinematografía americana.

Como muchas cosas que han hecho época, la «20th Century» se fundó por accidente. Este accidente fue un encuentro de Joseph M. Schenck y Darryl F. Zanuck en el despacho del primero en los Estudios de los Artistas Asociados.

Zanuck, el joven productor, se había dirigido a Joseph M. Schenck, el «pionero» de los productores, en busca de un amistoso consejo. Habiendo dimitido su cargo después de una serie de películas que batían todos los records, era uno de los directores más solicitados de Hollywood. Se vio inundado de ofertas, las principales compañías querían tentarle, pero, ¿cuál le ofrecía la situación o arreglo más ventajoso?

—Lo que hice en el pasado es sólo un comienzo. Voy a hacer cosas más grandes desde ahora en adelante—dijo Darryl Zanuck.

—Es usted un joven muy confiado—repuso Joseph M. Schenck—; ¿tiene usted realmente tanta confianza en sí mismo?

—Sostengo todo lo que digo—replicó Zanuck.

—Muy bien—dijo, Schenck—. ¿Le gustaría hacer películas por su cuenta? ¿Formaremos nuestra nueva compañía?

El joven director de producción no vaciló. Todas las demás ofertas fueron inmediatamente olvidadas en la rapidez de su aceptación.

El pacto fue sellado con un apretón de manos. Este apretón de manos fue el sello corporativo de las «20th Century Pictures».

No obstante, Hollywood dijo que aquello no podría realizarse. ¿De qué servía un nombre sin una organización productora, sin estrellas, escritores ni directores?

Pero Hollywood no contaba con la fertilidad de recursos de los cerebros combinados de Schenck y Zanuck.

En un plazo increíblemente corto, se formó una estructura ejecutiva de producción. De las oficinas de Nueva York de «United Artists»,

Schenck y Zanuck se trajeron a Joseph H. Moscovitz, un hombre que conoce los problemas comerciales de distribución de películas, para servirles de gerente general. Este sería el eslabón directo que uniría a los elementos productores con los distribuidores.

Había otro grupo de maduros ejecutivos dispuestos a seguir a Zanuck por adhesión hacia él y por ser conocedores, como eran, de su gran capacidad. Entre ellos se hallaban William Gogtz, Raymond Griffith (que ha cooperado en «La casa de Rothschild»), William Dover y Howard Smith.

Después de procurarse este personal, Zanuck se tomó unas merecidas vacaciones de cuatro semanas, cazando en los bosques canadienses. Cuando regresó a Hollywood penetró en el despacho de Schenck y anunció que estaba dispuesto a ponerse a la obra.

—¿Dónde encontraremos argumentos?—inquirió Mr. Schenck.

—No tendrá usted que buscarlos. Aquí están—contestó su nuevo socio.

Y empezó a relatar algunos argumentos que le vinieron a la imaginación. Uno, dos, tres, ocho argumentos, le dijo. Schenck, completamente admirado, escuchaba. Al final de la narración, observó:

—En los años que llevo en el negocio, ha venido a verme mucha gente para explicarme argumentos. Y ninguno de ellos valía la pena de escucharlo, pero usted me ha contado ocho, y todos me parecen buenos. Adelante, pues.

Y empezaron a contratar estrellas. La primera que estampó su firma fue George Arliss, un artista muy notable. Le siguieron Constance Bennett, Loretta Young y Constance Cummings.

Para cada uno de ellos había argumentos pensados. Pero había un argumento adquirido por la «20th Century», cuyo reparto constituía un problema. Ambos productores convinieron en que era lógicamente el que serviría para comenzar el programa de producción de la nueva compañía.

El primer film de verdadero éxito, era una impresionante y colorida historia de la parte baja del East Side, de Nueva York, en los días en que Steve Brodie se arrojó desde el puente de Brooklyn, «El arrabal» (The bowery), que está basada en la inédita novela de Michael Simmons y B. R. Salomón. Eran varias las editoras que deseaban adquirir los derechos del libro, pero la «20th Century» se adelantó a todas.

No había más que una estrella en Hollywood idealmente adecuada para el papel del personaje central de la obra, el «Chuck Connors», alcalde de Chinatown (barrio chino), que daba su título al libro. Esta estrella era Wallace Beery.

Schenck actuó audazmente. El contrato de Beery con la M. G. M. estaba expirando. Por cuenta de la «20th Century», hizo una oferta para contratar a Beery. Antes de correr el riesgo de que se le escapase, Louis B. Mayer se ofreció a prestar a Wally Beery a la «20th Century», si ésta suspendía sus negociaciones para contratarle. Fue un pacto mutuo.

Y teniendo contratado a Beery, no fue ya tan difícil de obtener prestadas las demás estrellas. La Paramount se mostró muy bien dispuesta a ceder a George Raft, y la Metro Goldwyn Mayer a contribuir también con la persona de Jackie Cooper. Jackie y Wally no habían trabajado juntos desde su gran éxito «El campeón». Fay Wray y Fert Kelton, fueron contratados para interpretar los principales papeles femeninos.

Para dirigir la película, la compañía Schenck-Zanuck pidió prestado a la Fox a Raoul Walsh. «El arrabal» era un film muy adecuado para que lo dirigiese el realizador de «El precio de la gloria», «La frágil voluntad» y «El mundo al revés».

Se encargó a Howard Estabrook, que se hizo famoso con «Cimarrón», y a James Gleason, autor de varias comedias, la adaptación de la obra a la pantalla. Michael Simmonds, uno de los autores de aquélla, fue llevado a Hollywood desde Nueva York, para asesorarles.

Así fue posible hacer «El arrabal».

Entretanto, los productores apresuraron sus planes para la realización del resto de las doce películas que comprendían su primera temporada de contribución en el programa de presentaciones de los Artistas Asociados.

Individualmente, por parejas y de tres en tres, se obtuvo el concurso de varios escritores que constituían una imponente lista de distinguidos dramaturgos americanos del teatro y la pantalla: Helmer Harris, Leonard Praskins, Sam Montis, Arthur Richman, Maude T. Howell, Laird Doyle, Graham Baker, Nunally Johnson, Gene Towne, John Huston, Harold Long, Courtenay Terret, Ralph Graves, Henry Lehrmann, Michael Simmons, Willard Robertson y Rowland Brown, aparte de Estabrook y Gleason, los adaptadores de «El arrabal».

Además, la «20th Century» compró un original del famoso Walter Winchell, rey del periodismo: «Broadway through a Keyhole», basada en sus sensacionales hazañas en busca de reportajes sensacionales: «Born to bad», original de Ralph Graves; «Blood money», de Rowland Brown; «Trouble shooter» (Línea interrumpida), «Miss Lonelyhearts», novela muy popular; «Red tape» y «The great Rothschild» (La casa de Rothschild), en su versión cinematográfica; «Moulin Rouge», para Constance Bennett; «P.-T. Barnum» y otra obra para Constance Bennett. Como directores, y además de Raoul Walsh, prestado por la Fox, la «20th Century» cuenta con Lowell Sherman, que dirigió «Lady Lou»; Gregory La Ca-

# LA «MEGALOMANIA» DE LA CRAWFORD

Música, música, siempre música! Puede decirse que Joan Crawford, desde que está en el mundo, ha vivido todas sus horas a los acordes de la música. Para cada época de su vida, y para cada etapa de su carrera, una melodía que armonice con su estado de ánimo. Ahora, cuando trabaja en los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, tiene permanentemente a la puerta de su camarín un fonógrafo en el que, durante los intervalos de descanso, un muchacho que ella paga de su propio bolsillo, va tocando, uno tras otro, sus discos favoritos. Dentro, en un rincón distante, la Crawford absorbe en silencio el deleite de aquella música que penetra por la puerta entornada y va «preparándole el espíritu» para sus próximas escenas.

Fecostada en el diván de su camarín, mientras llega del distante escenario la voz velada y dulce de un cierto autor popular, la Crawford evoca los días de su niñez, cuando empezó a despertarse en ella el amor por la música.

«La primera pieza musical de que tengo un recuerdo preciso, es una antigua melodía llamada «El vuelo de las brujas». Creo que cuantos eran niños entonces y tomaron, como yo, clases de piano en aquella época, conservan fresca en su memoria esa sencilla melodía. Frisaba yo en los ocho años y hasta entonces, es decir, hasta el inolvidable «Vuelo de las brujas», todos mis conocimientos musicales se reducían a las escalas y a ciertos ejercicios elementales para adiestrar los dedos. Pero en cuanot me vi frente a frente de una melodía verdadera, me entregué a ella con frenético entusiasmo y la toqué y la volví a tocar hasta aprendérmela de memoria, nota por nota.»

Fué éste el principio de lo que bien puede llamarse la «megalomanía» de la Crawford. Su padre era director de un teatro en Lawton (Oklahoma), y allí pasaba Joan hora tras hora fascinada por las melodías populares de la orquesta. Su memoria iba reteniéndolas ávidamente, y casi sin darse cuenta de ello, las tarareaba todas.

La Crawford no era exactamente una niña apacible. A veces dramatizaba sus emociones agrandando colosalmente los minúsculos infortunios infantiles, y a veces se entregaba con desmesurado deleite a sus juegos y parecía la criatura más fe-

va. Sidney Lanfield y Walter Lang. Después de un mes exacto que Zanuck había regresado de sus vacaciones y había ocupado por vez primera sus nuevas oficinas, las cámaras de los Estudios de la United Artists rodaban el primer film de la «20th Century», «El arrabal», con Wallace Beery, George Raft y Jackie Cooper por estrellas.

Esto es, en sí mismo, historia.

liz del universo. En cuanto a la música, practicaba, es cierto, con mucha formalidad, las escalas y las piezas clásicas que su profesor de piano iba enseñándole; pero todo aquello no le pasaba de las yemas de los dedos, salvo, por supuesto, «El vuelo de las brujas», «Poeta y aldeano» y otras melodías de la misma laya. Pero lo que de veras le tocaba el corazón y le hacía cosquillas en los pies, eran aquellas canciones populares aprendidas en el teatro y que ella tarareaba en voz baja con íntima fruición.

Años más tarde, hecha ya una señorita, ingresó en el Colegio de Stevens. Gradualmente, una nueva faz de su «megalomanía» hubo de desarrollarse allí. Asista puntualmente a los conciertos que se daban en la ciudad y empezó a gustar de Schubert, de Bach y de Grieg. Al mismo tiempo, la ópera, que hasta entonces le había parecido insípida, principió a seducirla; a los pocos meses era su favorita, y lo mismo gozaba de la vivaz partitura de «Carmen» que de la tempestuosa música de Wagner.

No fueron sus días de colegiala muy felices. Gustaba, es cierto, del aula y del estudio, pero apenas le quedaba tiempo para las expansiones que una muchacha de su edad correspondían. Durante las horas que le dejaban libres sus estudios, trabajaba para sostenerse y pagar su colegio. La música constituyó su único refugio en aquella dura época. No importaba lo cansada que estuviera o cuán abatida se sintiese; la música no dejó nunca de brindarle consuelo y devolverle las energías morales. Y mientras a media voz, en su pobre cuartucho de estudiante tarareaba las bellas melodías aprendidas entonces, tan distintas del plebeyo «rag-time» de sus primeros años, Joan acariciaba su sueño predilecto de verse un día aclamada como cantatriz notable, o como bailarina famosa.

Cuando, inmeditamente después de salir del colegio, debutó como corista en un cabaret de Detroit, la música popular volvió a invadir su existencia. Con ella cantó, con ella bailó y con ella fué abriéndose paso hasta llegar a Broadway y hacerse corista de comedia musical. Pero nunca se borró en ella el recuerdo de los conciertos que oyera, ni de aquella noble música que la sostuvo en sus horas de desmayo.

Sus primeros años en Hollywood, fueron vividos al compás de canciones y bailes populares. De día trabajaba en el Estudio y de noche bailaba hasta las doce en uno u otro de los restaurantes más frecuentados. En el armario del fonógrafo que en su modesta casita de Hollywood tenía entonces, se amontonaban cientos y cientos de aquellas frívolas canciones; pero en un discreto rincón del mismo armario, donde sólo Joan o alguno de sus íntimos llegaban, había unos cuantos discos con

la música que tanto amara en sus tiempos de colegiala.

Gradualmente fué la Crawford cansándose de los torneos de baile y de las locas melodías de «jazz». Cuando se casó con Douglas Fairbanks, hijo, adoptó una existencia menos agitada. Ahora tenía tiempo bastante para saborear sus discos predilectos, que pasaron de su oculto rincón al compartimiento principal del armario fonográfico. Cuando la Crawford ascendió de artista distinguida a estrella de primera magnitud, su «megalomanía» entró en un nuevo período donde se mezclaban la más seria y pesada música de ópera con los más triviales y alegres cantos populares que estaban en boga.

Por mucho tiempo, Joan no quiso oír sino los discos de Bing Crosby, y se los hacía tocar a diario, lo mismo en los entreactos del Estudio que en su casa, durante la noche, cuando con un libro y una cesta de manzanas, se acurrucaba en su sillón favorito, frente a la chimenea.

No podría determinar exactamente—agrega la Crawford sonriendo—cuál es mi canción favorita, ni cuál la pieza de baile que más me gusta, porque mis simpatías y mis antipatías por la música cambian de acuerdo con el estado de ánimo en que me encuentro. Por semanas enteras no quiero oír sino violín y violoncello; después una instrumentación distinta, después otra clase de música, luego una voz de hombre que lleve la melodía... y así sucesivamente. En cuanto a lo ballable, la ola viene y va tan rápidamente que los favoritos de hoy están olvidados mañana.

Mientras Joan Crawford viva, la música será parte integrante de su existencia, puesto que le es indispensable no sólo como una fuente de inspiración y un estímulo sentimental para su carrera, sino también como una forma de expresión para los múltiples sentimientos que bullen en su espíritu inquieto.

F. MARTINEZ

## Un director americano dirigirá a Jack Buchanan en un film inglés

Se conocen ya algunos detalles referentes al nuevo film que interpretará Jack Buchanan, estrella de la British & Dominions, después del éxito de «That's a good girl».

El film se titulará «Sons O'Guns» y Buchanan no se dirigirá a sí mismo como se había dicho, sino que la dirección de la película correrá a cargo de Sidney Lanfield, «as» de los directores de la editora de Darryl Zanuck, la «20th Century», que ha dirigido «Moulin Rouge», film de esta compañía cuya estrella es Constance Bennett.



Annabella, eminentísima actriz cinematográfica, creadora insuperable de la magnífica película «María», de la «Ufilm»



Andrews Engelman, famoso actor cinematográfico, en una de sus portentosas caracterizaciones



Don Enrique Sans de Buruga, prestigioso cinematografista, presidente de la Sección de Cines de la Asociación de Empresarios, que fué obsequiado con un banquete en la noche de ayer